

FLORENCIA BONELLI

Nacida bajo el Sol de Acuario

Se avergonzaba de cómo era
hasta que entendió el porqué



FLORENCIA BONELLI

NACIDA BAJO EL SOL DE ACUARIO

Capítulo I

Bianca Rocamora consultó la hora de reojo: era tardísimo, las nueve y media de la noche.

—¡Bianca! —Irene Mattei detuvo el piano y la fulminó con sus ojos verde azulados—. ¡Estás desconcentrada! Fallaste en esa nota y le hiciste perder el hilo a todo el grupo.

Percibió las miradas compasivas de sus cuatro compañeras y el calor que le trepaba por las mejillas.

—Disculpe, profesora —susurró. No se le habría ocurrido tutearla ni llamarla por el nombre de pila. La mujer había fijado las reglas el primer día: «Para mis alumnos soy “profesora” y nada de tratarme de vos, como hacen ustedes, los jóvenes, hasta para dirigirse al papa».

—¿Por qué estás desconcentrada?

—Es tarde —se atrevió a señalar.

Hacía tres horas que ensayaban en el estudio de Irene Mattei, una de las mejores profesoras de canto lírico de Buenos Aires. Habían comenzado hacia las seis y media con ejercicios de respiración para relajar el cuello y las cuerdas vocales y para «ubicar» el diafragma, como decía la profesora, y habían continuado con vocalizaciones antes de lanzarse a practicar las piezas que entonarían en la catedral el domingo de Pascua. No estaba cansada: estaba exhausta. De todos modos, no era eso lo que la preocupaba y distraía, sino imaginarse el caos en su casa: sus hermanitos sin cenar y su madre tirada en la cama con las típicas náuseas nocturnas que la asaltaban durante los primeros meses de gestación. Sabía lo que su madre estaba sintiendo por una simple razón: ella experimentaba lo mismo. «Debido a que tu Luna está muy cerquita de Neptuno —a esto, los astrólogos lo llamamos conjunción Luna-Neptuno—, percibís lo que tu mamá siente», le había explicado la astróloga Alicia Buitrago hacía poco. «Vos y ella tienen una conexión

casi telepática. Neptuno tiene poderes mágicos. Es el brujo, el hechicero del Zodíaco. No te asustes».

Sí, se había asustado. La lectura de su carta natal —regalo de cumpleaños de Camila Pérez, su íntima amiga— la había asustado muchísimo porque le había revelado aspectos de sí misma que ella negaba, y también porque le había confirmado una sospecha: aquel 29 de enero de 1995, a las siete y veinticinco de la mañana, cuando asomó la cabeza en la sala de parto, los astros se habían asegurado de que su vida nunca sería simple, ni fácil.

—Sí, es tarde —admitió la profesora Mattei—, pero tenemos menos de un mes para ensayar, y como solo pueden venir dos veces por semana, es poco tiempo. Una profesional se debe a su trabajo, Bianca. Si querés llegar a ser una profesional, tenés que hacer sacrificios.

«Sí, pero yo tengo que ir a bañar y dar de cenar a mis hermanos», replicó para sí, con la cabeza echada hacia delante. La levantó de pronto al recordar lo que la astróloga Linda Goodman afirmaba acerca de los acuarianos, que es frecuente que dejen caer la cabeza cuando meditan o tienen un problema.

Oyó el bufido de Irene Mattei y, enseguida, sus palabras de claudicación:

—Está bien. Podés irte. ¿Ustedes pueden quedarse un momento más?

—Sí —contestaron a coro las demás.

Bianca no sabía cómo enfrentar la siguiente conversación con la profesora Mattei. Fue recogiendo las partituras y metiéndolas lentamente en su bolsa, a la cual Lorena, su hermana mayor, calificaba de «colla», mientras buscaba las palabras y la fortaleza para enfrentarla. Les rehuía a los conflictos y a los enfrentamientos, eso era un hecho, y, según Alicia, se debía a otra típica característica de los nacidos con el Sol en Acuario. De algún modo la tranquilizaba que Linda Goodman dijera que no eran cobardes, sino que simplemente no estaban creados para el combate. «Como sí lo está Leo», reflexionó. Leo, su opuesto complementario. Leo, el signo de Sebastián Gálvez.

La profesora la acompañó por el largo pasillo hacia la salida. Se trataba de un departamento viejo, con techos altos y ambientes amplios, en el último piso de un edificio de la década de los cuarenta. Irene Mattei

lo había remodelado y acondicionado de modo tal que el sonido no molestase a los vecinos.

—Profesora —susurró en un punto donde la oscuridad se acen-
tuó—, no voy a cantar el domingo de Pascua en la catedral.

—¡Qué! —la mujer se detuvo en seco—. ¿Qué estás diciendo, cria-
tura? ¡Bianca, mirame cuando te hablo!

Levantó la vista y la fijó en la rabiosa de Irene Mattei. «¡Qué linda es!», se dijo por enésima vez, y la recordó en los videos que había visto en YouTube, cuando, de joven, la gran Mattei cantaba en los teatros líricos de Europa, Estados Unidos y Asia, maquillada y vestida con los trajes de los personajes que encarnaba. Sin duda, gran parte de la seguridad que había desplegado provenía de la certeza de ser magnífica. «Igual que Lorena», concluyó.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Que no vas a cantar en la catedral?
¿Por qué?

—No puedo cantar el *Ave Maria* de Schubert, sola, frente a toda
esa gente. No estoy preparada.

—¡Soy yo la experta! ¡Soy yo la profesora! ¡Soy yo la que dice cuán-
do estás preparada!

«¡Soy yo! ¡Soy yo!», la emuló la voz interior de Bianca. «¿Quién
podría negar que esta mujer nació el 13 de agosto y que es de Leo?».

—Hace más de un año que estás bajo mi tutelaje, Bianca. Sé muy
bien que estás preparada. El domingo de Pascua vas a cantar. No se
hable más.

La tozudez de la Mattei se convirtió en un impacto doloroso para
Bianca. Estaba amenazando lo que su naturaleza protegía con mayor
celo: la libertad.

—No —insistió—, no lo haré.

Fue evidente el desconcierto de la profesora, que se quedó mirán-
dola con los ojos como platos.

¿Era su libertad lo que estaba en juego o la horrorizaba convertirse
en el centro, en el punto de análisis de cientos de personas? Según
Alicia, en su carta existía una tensión muy marcada entre la energía
de Urano —el loco, el excéntrico— y Saturno —el deber, la respon-
sabilidad—, y esto le provocaba pánico al rechazo y a no «encajar»,
a no ser aceptada, por lo que prefería encerrarse detrás de su sonrisa

amable y sus ojos melancólicos a mostrar su verdadera naturaleza, que era vibrante, distinta y rara, como la de toda personalidad acuariana.

—¿Adónde vas? —la increpó Mattei.

Bianca había reanudado la marcha hacia la salida. Necesitaba irse, escapar.

—A mi casa. Es tarde.

—¡No te irás antes de arreglar este asunto! ¡No cambiaré el programa, Bianca! Ya están impresos los carteles y los anuncios publicados en la red, y tu nombre está en ellos. No podés decir primero que sí y después que no. Con esa actitud no llegarás *jamás* a ser una profesional.

Se le nubló la vista. Añoraba ser una cantante lírica profesional, y la sola mención de que no lo lograría le desgarraba el corazón. Se pasó el dorso de la mano por los ojos, sin éxito: las lágrimas siguieron brotando. Aturdida y con la respiración entrecortada, alcanzó el vestíbulo. La Mattei seguía despoticando a sus espaldas.

Dio un paso atrás al escuchar el ruido de llaves: alguien estaba por entrar. La puerta se abrió, y Bianca no logró contener una exclamación. De todos los mortales, ¿qué hacía Sebastián Gálvez en lo de la Mattei? Se acordó de que tenía los ojos llorosos, la nariz roja y el pelo hecho un nido. «¿Alguien me puede pegar tres tiros? Gracias».

Si por un instante pensó que Gálvez no la reconocería, su ilusión se hizo añicos.

—¡Bianca! ¿Qué hacés aquí?

Pocas veces la había llamado por su nombre por una simple razón: rara vez le hablaba. Y rara vez le hablaba no porque para él la elocuencia fuese un problema, todo lo contrario. La culpa era de ella, que se escondía al verlo y lo rehuía como si fuese el conde Drácula. Se acordó de las palabras de Camila cuando, por fin, se animó a confesarle que estaba enamorada de él desde hacía años. «¿De verdad?», se había sorprendido. «¿Quién lo diría? Jamás me preguntás por él, y eso que sabés que Seba y yo somos muy amigos. Nunca lo mirás, nunca decís nada acerca de él».

Lo miraba ¡y cómo! Pero lo hacía sin quedar expuesta; era una experta en eso. Y como para él, todo un rey león, resultaba vital que lo mirasen y admirasen, quienes no lo hacían se convertían en seres invisibles, como ella. «Para él no existo, soy lo mismo que el aire. Claro, sin el aspecto vital del elemento».

—Hola —saludó con voz temblorosa, como en falsete. Pasó junto a él y salió al palier.

—¡Ey! —insistió Gálvez—. ¿Adónde vas?

—Dejala, Sebastián —intervino la Mattei, más calmada—. Dejala que se vaya, que es tarde. Mañana vos y yo vamos a hablar —añadió, y con el índice apuntó hacia Bianca—. A mí nadie me viene con caprichitos. Tengo una reputación que cuidar —cerró la puerta sin despedirse.

Bianca se quedó temblando en la recepción, los ojos bien abiertos perforando la oscuridad. No conseguía librarse del estupor. ¿Qué hacía Gálvez en lo de la profesora Mattei? ¿Por qué tenía las llaves del estudio? Escuchó las voces elevadas que se filtraban por los resquicios de la puerta y se aproximó con paso tímido e inseguro. Apoyó la oreja, y la chapa blindada le provocó un escalofrío.

—¿Por qué estaba llorando? Te conozco, Irene. Sé lo yegua que podés ser. Y Bianca es solo una nena.

El comentario la sacudió del estupor. «Oh, bueno, ni tan nena, Mr. Músculo. Mi primera menstruación la tuve a los diez años. ¿Eso no cuenta?».

—No es ninguna nena, Sebastián —replicó la Mattei—. ¿De dónde la conocés?

—Somos compañeros del cole. ¿Por qué estaba llorando?

—Pretende dejarme plantada para la presentación del domingo de Pascua cuando ya tengo todo armado en torno a ella. Tiene una voz extraordinaria, la necesito.

«Ah, esta es buena. ¿Así que la gran Mattei piensa que tengo una voz extraordinaria? Me habría gustado que me lo dijera a mí en lugar de decirme que canto mal. Pero me gusta que se lo diga a Mr. Músculo».

—Hay que presionarla, de lo contrario, ella no la sacará fuera.

Temió seguir escuchando. Se retiró de la puerta y, sin encender la luz del palier, llamó el ascensor. Una calidad irreal la dominaba. «¿De qué te sorprendés?», se quejó. «¿Acaso Linda Goodman no afirma que a un Acuario puede pasarle cualquier cosa, y subraya lo de *cualquier cosa*?».

* * *

Si no hubiese estado tan ajustada con el dinero, habría tomado un taxi. Tenía miedo. Estaba sola en la parada del colectivo, y en la calle no había un alma. Hechos delictivos y de violencia protagonizaban los noticieros, sin mencionar que andaba suelto un violador al que la policía no conseguía atrapar y que había atacado en distintos puntos de la ciudad.

Se sobresaltó al sonido de un timbre, y enseguida se dio cuenta de que correspondía al portón automático del edificio de la Mattei, que se abría. Las ópticas de un automóvil bañaron de luz la vereda antes de que apareciera la trompa de un Peugeot 206, el cual avanzó lentamente y bien pegado al borde de la vereda. Se detuvo en la parada, y Bianca caminó hacia atrás, lista para huir.

La ventanilla polarizada del acompañante descendió, y apareció la cara perfecta de Gálvez. Su sonrisa de publicidad de Colgate le puso la mente en blanco.

—Te llevo a tu casa. No podés estar aquí sola en la parada. Son casi las diez de la noche. ¿Qué pretendés? ¿Que te agarre el violador?

Bianca acertó a pensar: «Tengo un problema con este pibe: cada vez que lo veo se me seca la boca y el corazón se me sube a la garganta, por lo que no puedo emitir palabra. Jamás conseguiré hablarle. No quiero subir al auto con él». Agitó la cabeza para negar y soltó un «no, gracias» sin aliento. Gálvez debió de leerle los labios, puesto que dijo:

—¿Cómo que «no, gracias»? Si tu amiga Camila se entera de que te dejé aquí sola para que el hijo de puta del violador se haga un festín con vos, me mata.

La amistad entre Camila y Sebastián Gálvez se cimentaba desde los días vividos en las sierras cordobesas el año anterior. Se trataban con la confianza y el cariño con los que ella jamás podría relacionarse con él.

—Vamos, Bianca. No me hagas bajar para obligarte a subir al auto.

Le gustaba que la llamase por su nombre. Con nadie le sucedía, jamás reparaba en cómo la llamaban. En cambio, con Gálvez cada detalle contaba, hasta un simple pestañeo. La enojó la dependencia a la que se sometía a causa de ese chico, por lo que se aproximó al Peugeot con paso decidido y con cara de fastidio. Gálvez abrió la puerta desde adentro, haciendo gala de su brazo apenas cubierto por la manga corta de la remera Lacoste. Era largo, fibroso y grueso, y un pelo rojizo

le cubría el antebrazo. Horas de levantar pesas habían modelado los músculos y remarcado los tendones. «Mientras se infla como un sapo con las pesas, el cerebro se le achica como un maní», concluyó, para atizar el fuego de la ira.

Subió embanderada en su enojo y lo usó como un escudo. Cerró con un golpe un poco más fuerte del necesario y fijó la vista en el parabrisas. Gálvez levantó el volumen de la radio, y *Wake Me Up When September Ends* comenzó a sonar. Esa canción fue su perdición. Le gustaba la voz de Billie Joe Armstrong, sobre todo en *Wake Me Up When September Ends*, que él había compuesto inspirado en lo que le pidió a su madre al regresar del entierro de su padre: «*Despiértame cuando termine septiembre*». Apretó las manos en torno a su bolsa «colla» y se mordió el labio para reprimir el llanto.

«*Cualquier cosa*», recordó. En verdad, a los de Acuario les suceden las cosas más disparatadas. Si no, ¿cómo se explicaba que ella se hallase confinada en el habitáculo de un auto, con el chico por el que suspiraba desde los trece, el cual jamás se había dignado a destinarle una mirada, y a punto de echarse a llorar como lo hacía su hermanita Lourdes cuando tenía hambre, sueño y los pañales sucios?

Wake me up when September ends.

Here comes the rain again falling from the stars...

No seguiría por ese camino, no repetiría los versos de la canción, de lo contrario rompería, no a llorar, sino a gritar. «¿Qué me pasa?». Esa sensiblería no le resultaba conocida. Se aferró al pensamiento de su hermanita Lourdes, y se la imaginó en ese momento, hambrienta y fastidiosa, *cranky*, como decía la abuela Kathleen, que a pesar de haber llegado de Inglaterra más de treinta años atrás no abandonaba su lengua materna.

En el primer semáforo rojo, Gálvez la aferró por el mentón y la miró. Ella le permitió que lo hiciera hasta darse cuenta de lo que estaba sucediendo: Sebastián Gálvez estaba tocándola y mirándola con ojos seductores, de esos que usaba a menudo con otras. Bajó los párpados y apartó la cara.

—¿Por qué llorás?

A continuación sonó la canción de James Blunt *You're Beautiful*, y Bianca habría jurado que el disk jockey de la radio se había confabulado con Gálvez y en su contra para hacerla quedar como una idiota.

—No le des bola a Irene. A veces es una yegua. ¿Qué te hizo?

Jamás conseguiría articular. Segundo tras segundo, la pelota en la garganta adquiría dimensiones alarmantes. Entonces, recordó que ella, en el último año, había desarrollado una gran habilidad para controlar su aparato respiratorio, no solo como consecuencia de los ejercicios para el canto lírico, sino por las técnicas que su tía Claudia le enseñaba para meditar. Y las aplicó. Respiró lenta y profundamente. Gálvez jamás habría adivinado lo que estaba haciendo porque utilizaba partes que los comunes mortales jamás usan, y su plexo solar no se movía. No obstante, sentía cómo el aire se deslizaba por su pecho, como si se tratara de un cilindro que comenzaba en la nariz y terminaba bajo el diafragma. La tensión la abandonaba, los músculos se relajaban, y ella adquiría el control.

—La profesora Mattei...

—¿Sí? —la animó él.

—Ella... Ella tiene razón.

—¿Sí? ¿Por qué?

Guardó silencio y estudió los movimientos precisos y seguros de esas manos sobre el cambio de marchas y el de las piernas sobre los pedales. Llevaba unos jeans azules ajustados, de esos elastizados, que destacaban el trabajo de los cuádriceps cada vez que apretaba el acelerador. Extrañamente, eso le transmitió seguridad, algo que poca gente le inspiraba porque su primer impulso era desconfiar.

Alicia afirmaba que la raíz de su desconfianza destacaba claramente en su carta natal. «No solo sos desconfiada porque así lo marca tu naturaleza acuariana, sino porque tenés Urano en la Casa XII, la casa de las vidas pasadas, de lo oculto, de lo misterioso. Tenés que volver a tu pasado, tal vez a cuando eras muy pequeña, tal vez a cuando estabas en el vientre materno, y comenzar a investigar si existió allí algún hecho que te haya marcado de una manera negativa. Y tu papá...», dijo la astróloga, y estudió atentamente el mandala que era su carta. «Tu papá es una figura muy fuerte. ¿Ves? Tenés Saturno en la Casa I, la de la personalidad, lo cual te convierte en una persona muy responsable,

que quiere agradar al padre, cumplir con los cánones de la sociedad. Sin embargo, tu padre...».

—Con Camila te veo charlar todo el tiempo, como una cotorra.

«¿Ah, sí? ¿Me *ves* charlar? ¿De verdad me *ves*, Gálvez?».

—Y ahora parece que te quedaste sin lengua.

Sonrió para mostrar un signo de normalidad.

—Es que estaba pensando que la Mattei tiene razón. Me comporté como una nena.

—¿Por qué? —la acicateó él al caer en la cuenta de que no agregaría nada más.

—Primero le dije que sí cantarí en una presentación y hoy le dije que no.

—Bueno, uno puede arrepentirse.

—No una profesional, sobre todo faltando menos de un mes. Es poco tiempo para este tipo de funciones.

—¿Cuándo es?

—El 8 de abril, el domingo de Pascua.

—¿Dónde?

Bianca giró el rostro hacia la izquierda y se concentró en el perfil de líneas armónicas y regulares al que tantas veces había estudiado como bajo un microscopio. Lo conocía de memoria.

—¿Dónde? —insistió Gálvez, y, aprovechando el semáforo en rojo, la miró a la cara y le sonrió. Parecía feliz, como si el sentido de su existencia dependiera de esa respuesta. No se dejaría engañar, conocía bien sus dotes de seductor.

—En la catedral —respondió, sin convicción.

—¿A qué hora?

«¿A qué hora? ¿Por qué querés saber?». Sabía por qué: estaba planeando ir. La sola idea le convirtió las piernas en gelatina. «No te preocupes», se dio ánimos. «No irá. Sabés bien que los Ascendentes en Piscis son los eternos seductores y que dicen que te llamarán o que volverán a verte simplemente porque no pueden evitar halagarte y hacerte feliz. Pero no irá. Quedate tranquila». Agradecía a su amiga Camila que le hubiese conseguido los datos de Gálvez para que Alicia trazase su carta natal, y le agradecía a esta que le hubiese cobrado poco para leérsela.

—A las seis.

—¡Voy a ir! Va a estar copado, ¿no? Oírte cantar como esas gordas de la ópera —rio con un sonido cristalino e inocente, casi de niño, que Bianca habría querido que repitiese—. Me cuesta imaginarte. Tan chiquitita...

—Pero no voy a cantar. Ya te dije que acabo de retirarme de la presentación.

—¡Ni se te ocurra! Irene dice que sos muy buena.

—¿De dónde la conocés? —disparó, cuando su querido Urano, «el loco» para los amigos, y regente de su signo, Acuario, se decidió a entrar en escena. Aunque «el loco» habría seguido preguntando («¿Qué hacías en su estudio?», «¿por qué tenés las llaves?», «¿por qué te fuiste tan rápido?, ¿por mí?»), su Saturno en la Casa I entró corriendo y lo mandó callar.

Gálvez se puso nervioso: ajustó los dedos en torno al volante, frunció las cejas y se mordió el labio inferior. No había visto varios capítulos de *Lie to Me* al vicio; resultaba evidente que algo *fishy*, como decía la abuela Kathleen, se cocinaba bajo esos gestos.

—Desde que era chico —contestó, con acento vago.

—¿Es amiga de tu mamá?

—Fueron amigas en una época. Era nuestra vecina en el edificio en el que vivíamos cuando yo era chico, así nos conocimos.

—Entonces sabés que era muy famosa en el circuito de los teatros líricos durante los ochenta y al principio de la década de los noventa.

—Sí, sí.

—¿Cuántos años tiene?

—Casi cincuenta... Creo.

—No los aparenta para nada. Es hermosa, ¿no?

—Sí... No sé.

—Un día dejó todo para casarse con un empresario argentino —estaba claro, le costaba mucho menos hablar de los demás que de sí misma.

—Sí, lo sabía.

—Me resulta increíble.

—¿Qué?

—Que haya dejado todo por un hombre. Era muy famosa.

—¿Por qué te resulta increíble? —Bianca se lo quedó mirando, desconcertada por la hostilidad que él mostró de repente—. ¿Acaso vos no lo harías por el hombre al que amás?

«No», habría dicho. En cambio, guardó silencio porque sabía que a él no le habría agradado la respuesta. Su ego leonino no lo habría aceptado. Ella estaba convencida de que, en una pareja, cada miembro debía realizarse y sentirse pleno; de lo contrario, no podía funcionar. No sabía de dónde nacía esta certeza porque nunca había estado de novia. «Nace de la sabiduría milenaria de Acuario», le susurró una vocecita.

—¿Y? —la provocó Gálvez—. ¿No lo harías?

«Ese Saturno en la Casa I», recordó que le había explicado Alicia, «te exige encajar en esquemas muy rígidos que van en contra de tu naturaleza uraniana. Tu desafío en esta vida, Bianca, es ser tan libre y distinta como Acuario te exige y no sentirte culpable por eso».

—No, la verdad es que no —admitió, y se sintió orgullosa. Nada más ni nada menos que al magnífico Gálvez, al amor de su vida, le presentaba su cara rebelde, rara y contestataria.

—¿No? —se escandalizó él—. ¿Por qué no? Estamos hablando del hombre de tu vida.

«Sí», pensó Bianca, «estoy hablando de vos».

—Sí, el hombre de mi vida. Pero si él me ama, va a querer lo mejor para mí, y eso significará dejarme cumplir mi sueño de cantante.

—Pero esa vida implica viajes la mayor parte de año, estar lejos, separados.

—¿Y?

—¡Es imbanable! Un hombre no aceptaría que su mujer anduviese sola por el mundo.

—Podría acompañarme.

—¿Y si no puede? ¿Y si tiene que trabajar en Buenos Aires?

—Confiará en mí. Jamás lo traicionaría.

—Eso dicen todas.

—Yo no soy todas, Gálvez.

Él giró la cabeza y la observó sin molestarse en ocultar que la vehemencia y la convicción de Bianca lo habían sorprendido.

—Si Camila te quiere tanto es porque no sos como las demás.

«Camila, siempre Camila. Y yo, ¿qué? ¿Qué pensás de mí, Mr. Músculo?».

—Soy como soy, y te aseguro que jamás le sería infiel al hombre que amo.

—De igual modo, el amor de tu vida puede estar tranquilo porque no vas a viajar a ningún lado.

—¿Cómo que no voy a viajar a ningún lado?

—¿No me dijiste que no pensás cantar en la catedral?

—Eso no quiere decir que no seré una cantante lírica.

—Pero no estás poniéndole ni media pila. Irene te ofrece una presentación en la catedral, nada menos, y la rechazás.

—No estoy preparada.

—Ella dice que sí. ¿Por qué decís que no estás preparada?

Sacudió los hombros. Hablar de sí misma no formaba parte de sus talentos. Cruzó los brazos y volvió a fijar la vista al frente. «¡Maldito barrio de Almagro que queda en la otra punta del mundo! ¿Podríamos llegar pronto, por favor? Ya no aguanto a este leonino metido, engreído y suficiente».

* * *

—Aquí —indicó Bianca, y Gálvez detuvo el Peugeot frente al ingreso de su edificio.

Se preparó de prisa para descender. En las últimas cuadras, el encierro la había sofocado tanto como la presencia de Mr. Músculo, cuyo Sol en Leo la quemaba. Necesitaba retirarse para volver a armarse. Tenía la impresión de que se iba desintegrando o disolviendo, y le resultaba imperioso entender por qué. Alicia le habría recordado: «Es tu Sol en la Casa XII, que te vuelve hipersensible y permeable a todas las energías que te rodean. La meditación al atardecer es una buena herramienta para volver al eje y evitar la desintegración».

Sin embargo, la meditación tendría que esperar. Se imaginaba el cuadro que la esperaba al trasponer la puerta de su casa.

—¿Te jodió que te preguntara por qué no estás preparada para cantar en la catedral? Disculpame —dijo, sin esperar la respuesta—. Posta que no lo hago por curioso o metido. A mí tampoco me gusta

que me digan lo que tengo que hacer, ni que me pregunten por qué hago esto o aquello.

—No me molestó.

—¿Entonces?

—Es que no sé la respuesta, y eso me pone de mal humor.

Sebastián rio, ya no con la cadencia cristalina de un niño, sino con una risa profunda, masculina, que le movió la nuez de Adán de arriba abajo. Ese simple gesto, el de la risa, le provocó un aumento de las pulsaciones y, por supuesto, la infaltable sequedad en la boca. Necesitaba un caramelo. Y huir.

—Gracias por traerme —dijo, sin mirarlo mientras tanteaba la puerta.

Gálvez estiró el brazo y la abrió. Le rozó el vientre con el codo, y Bianca habría jurado que saltaron chispas en el punto de contacto, porque una suave y, al mismo tiempo, potente corriente eléctrica se disparó en varias direcciones; donde más la sintió fue en los pezones, que le cosquillearon como cuando estaba por indisponerse. La experiencia le resultó desconcertante, novedosa, impresionante. Camila se lo había explicado, pero, para ser honesta, ella no le había creído, segura de que se trataba de las ilusiones de una taurina romántica y venusina.

—Gracias por traerme —consiguió articular de nuevo, y al mirarlo fugazmente supo que el contacto tampoco había pasado inadvertido para él.

«¡Salí de aquí! ¡Ahora!», le gritó su voccecita sabia.

Debería de haber recordado la frase de su tía Claudia: «*Piano piano si va lontano*», porque en el apuro se le enredó la correa de la bolsa «colla» en los pies y algunos cedés cayeron al piso del automóvil. «¡Mierda!».

Sin dificultad, Gálvez volvió a estirar el brazo, que a esas alturas parecía medir dos metros y ser telescópico, y recogió la mayoría. Por supuesto, devolvérselos sin husmear no era una opción. Los revisó, uno por uno: todos tenían su nombre, Bianca Rocamora, y la pieza que había cantado. Era una práctica usual de la Mattei grabar a sus alumnas para después marcarles los errores.

Bianca hizo el intento de quitárselos, pero él los puso fuera de su alcance.

—¿Qué hacés?

—Creo que es obvio. Voy a escucharlos.

—¡No! ¿Para qué? ¡Es tardísimo! En serio, Gálvez, devolveme los cedés, tengo que irme.

—¿Me los prestás? ¿No podés decirme Sebastián o Seba?

—¡Claro que no!

—Claro que no ¿a qué? ¿A prestarme los cedés o a llamarme Seba?

—Claro que no a todo. No te presto los cedés y Gálvez te va muy bien.

—Mañana te los devuelvo en el cole.

—No.

—Entonces, los escucho ahora.

Insertó uno en el equipo. Bianca esperó con el aliento contenido el inicio de la música. Era el aria *La habanera*. Había fallado en varias notas, pero él no se percataría.

L'amour est un oiseau rebelle, que nul ne peut apprivoiser.

Et c'est bien en vain qu'on l'appelle, s'il lui convient de refuser.

Se tranquilizó. Tan mal no lo había hecho. Aunque la profesora no lo hubiese admitido, del grupo, ella era la que mejor pronunciaba el francés y la que había cantado esa aria de *Carmen* con más pasión, quizá porque se identificaba con el espíritu libre de la gitana.

La tomó por sorpresa la actitud de Gálvez, que miraba el equipo con una seriedad reconcentrada inusual en él. Así como la risa le había iluminado las facciones, en reposo se destacaron las líneas suaves y delicadas de su frente, su nariz y sus labios. Muchas afirmaban que se parecía al actor William Levy, y sí, era en vano negarlo: se le parecía. ¿Y ella, la Pulga, como la llamaban en su casa, se enamoraba de semejante espécimen? Alicia tenía razón: con Venus en Sagitario, el centauro que apunta la flecha hacia arriba, en el amor siempre se fijaría metas difíciles de conseguir. «O tal vez la persona por la que te sentís atraída esté muy idealizada», había agregado la astróloga. Fuera lo que fuese, idealizado o no, Sebastián Gálvez, el más lindo del colegio, del barrio, de la ciudad, del país (¿acaso no se parecía a William Levy, por Dios santo?), estaba fuera de su alcance, y punto. «A ver si bajás de la estratosfera en la que habita Acuario y ponés los pies en la tierra». Sin

embargo, cuando terminó el aria de *Carmen*, fue incapaz de apartar la vista de esos labios por los cuales cualquier mujer habría dado la vida.

Gálvez se volvió para mirarla, y el fuego que refulgía en sus ojos verdes le dio miedo y la atrajo, las dos cosas al mismo tiempo. Quería tocarlo, aunque se quemara.

—¿Me estás jodiendo? ¿Y vos decís que no estás preparada? ¡Bardeás, Bianca! Cantás perfecto. No puedo creer que esa voz salga de ahí —dijo, y le apuntó al pecho.

«Gracias, Mr. Músculo, por recordarme que soy bastante chata, no como Camila, cuya exuberancia deja bizcos a los varones y envidiosas a las chicas».

—Cometí muchos errores —apuntó, mientras retiraba el cedé del equipo y le quitaba los que él aún tenía en la mano, cuidando de no tocársela. «Basta de chispazos y descargas eléctricas por esta noche».

—¡Y una mierda! ¿Qué errores?

—Fallé en varias notas. Vos no lo notás porque no sabés nada de canto lírico.

—¡Ey, Pulga! —Bianca dio un respingo y soltó un grito—. ¿Qué hacés aquí? —su hermana Lorena se asomó dentro del Peugeot, por el lado del acompañante, y clavó la mirada en Gálvez—. Hola —dijo, y le destinó una de sus sonrisas, las que derretían a un muñeco de nieve.

—Hola —contestó, sensual, Gálvez, y Bianca elevó los ojos al cielo. «Dios los cría y ellos se juntan».

—Gracias de nuevo por traerme. Buenas noches —se despidió de prisa, e intentó descender del automóvil.

—Pulga, ¿no vas a presentarnos?

«¿Podrías guardarte el “Pulga” en el bolsillo? Gracias».

—Gálvez, esta es mi hermana Lorena. Lorena, este es Gálvez, un compañero del cole.

Lorena, haciendo gala de la flexibilidad de su cuerpo sin fallas, se estiró dentro del habitáculo para salir al encuentro del beso que Gálvez le plantó en la mejilla delante de los ojos de Bianca.

—¿Solo Gálvez? ¿No tiene nombre, Pulga?

—Mi nombre es Sebastián, pero a tu hermana no le gusta, así que me llama Gálvez.

—¿Qué hacen aquí? ¿No querés bajar, Sebastián?

—Sí, claro.

—Dale, bajá. ¿Ya cenaste?

—No, y me comería una vaca.

—Buenísimo. Yo estoy llegando de la facu.

«Sí, claro, de la facu», masculló Bianca.

—También tengo hambre. ¿Pedimos unas empanadas y unas cervezas?

«¿Que vomitarás apenas te lleguen al estómago?».

Bianca observó el intercambio con desapego, abrumada por la sensación de derrota, la cual, paradójicamente, la puso en movimiento: salió del automóvil, pasó junto a su hermana y caminó rápidamente hacia el edificio. Abrió la puerta y subió corriendo por las escaleras. No quería esperar el ascensor, no quería mirar hacia la calle, no quería verlos juntos.